

Bangkok, de Antonio Morcillo López

Mónica Molanes Rial
Universidade de Vigo
monica.molanes@gmail.com



MORICLLO LÓPEZ, Antonio,
Bangkok, Madrid, SGAE, 2014.
Colección: TeatroAutor, 78 pp.
ISBN: 978-84-8048-859-4

En los últimos años se han publicado y llevado a escena no pocas piezas de teatro que ofrecen su particular retrato de la crisis económica en España. Valgan a modo de ejemplo textos como los que se recogen en *Banqueiros*, antología de piezas breves de dramaturgas y dramaturgos gallegos publicada en la editorial Laiovento en el año 2012; espectáculos como *Banqueros vs. Zombies. El juego de los mercados* de Dolores Garayalde, Pilar G. Almansa e Ignacio García May, estrenada en 2015; o el exitoso *El crédito*, de Jordi Galcerán. A ellos se suman casos como el de Alberto San Juan que, con la puesta a punto del *Teatro del Barrio*, ha contribuido a situar en primer plano el teatro político con espectáculos como *Autorretrato de un joven capitalista español*, de autoría propia, o *Ruz-Bárcenas*, de Jordi Casanovas.

Bangkok, de Antonio Morcillo, ganadora del XXII Premio SGAE de Teatro 2013, engrosa la lista de obras que ofrecen una estampa del contexto político y financiero de la España de los últimos años. En concreto, aborda el asunto del despilfarro de dinero público en la construcción de grandes infraestructuras inutilizadas. La anécdota argumental es la siguiente: un Guardia de Seguridad y un Viajero entablan conversación en un aeropuerto vacío. Extrañado, el primero interroga al Guardia sobre el paradero del avión que debe llevarlo a la capital tailandesa, según figura en el billete que ha comprado. Pocos datos descriptivos se ofrecen de ambos a parte de la edad, indicada en el *Dramatis personae*, donde se aclara que el Guardia de Seguridad tiene la edad de treinta y cuatro años y el Viajero, de sesenta y ocho, justo el doble. El detalle anticipa ya el esquema dual que sustenta la arquitectura de la pieza: el enfrentamiento dialéctico entre ambos personajes ofrece puntos de vista encontrados sobre el poder de las entidades financieras y de los gobiernos a escala mundial. El diálogo entre los protagonistas está diseñado a modo casi de interrogatorio, con frases cortas y respuestas rápidas, con especial énfasis en el recurso a la repetición. Apenas media docena de parlamentos extensos contrastan con la agilidad del diálogo que compone la pieza. En ellos se condensa de modo más claro el grueso de las ideas que tienen ambos personajes sobre el gran tema de la obra y se muestra de forma más evidente el antagonismo ideológico que los caracteriza. A medida que fluye la conversación, se dejan adivinar desconfianzas y suspicacias sobre la verdadera personalidad de los protagonistas, que generan un clima de tensión constante que marca el ritmo del texto. Ejemplo de ello es la vacilación en el comportamiento del Guardia, que ejerce como tal con excesivo rigor o abandona sus funciones según esté en acuerdo o en desacuerdo con las opiniones del Viajero: mientras han estado hablando de sus situaciones personales el Guardia le ha ofrecido, en contra de las normas, pasar la noche en el aeropuerto; sin embargo, en el momento en el que el Viajero critica a los antisistema y a Cien Años de Perdón, El Movimiento por la Liberación Definitiva de la Tiranía de los



Bancos, le exige que se identifique y que se ponga en posición para cachearlo.

El humor es uno de los aspectos más sobresalientes del texto. Por un lado, se usa como recurso mediante el que ironizar sobre las desfavorables consecuencias laborales de la crisis para las personas con alto nivel de formación académica como el Guardia de Seguridad que con tres licenciaturas, tres másteres, un doctorado y conocimiento de cinco idiomas trabaja como tal en un aeropuerto sin aviones; por otro, sirve como contrapunto a los parlamentos que contienen sesudas reflexiones sobre política y economía. Además, se emplea el humor negro con no poca frecuencia para enfatizar, por ejemplo, el sentimiento de rabia que sienten los personajes por quienes se aprovechan económicamente de la gente, como en el caso de la compañía aérea que le ha vendido el billete al Viajero a sabiendas de que su vuelo no existe:

GUARDIA.- Es para mandarlos a la mierda.

VIAJERO.- Es para sacarles los intestinos y estrangularles.

GUARDIA.- Ok, yo creo que ya... ya...

VIAJERO.- Es para rebanarles la polla y metérsela por el culo después de haberlos castrado con una cuchilla desdentada.

GUARDIA.- ...ya, ya tienen suficiente, ¿no?

VIAJERO.- Coger una Black & Decker y taladrarles el cuerpo, luego verter ácido sulfúrico en los agujeros y dejar que se fundan lentamente como un queso suizo y lanzarlos por el retrete (p. 15).

El mayor acierto de la obra es el juego de identidades planteado entre el Viajero y el Guardia de Seguridad. Alrededor de los roles profesionales iniciales que mantienen, gestor de equipos operativos y vigilante, se crea cierta confusión que mantiene la intriga hasta el final. El Viajero insiste en el parecido entre el Guardia y el Contra-Uno –bloguero anónimo que llama a la rebelión social contra los bancos- y el Guardia desconfía de la autenticidad de la profesión del Viajero. Contribuye al ejercicio de ese despiste identitario en el caso del personaje del Guardia el contraste entre su elevado nivel cultural y el puesto de trabajo que desempeña. Se añade a esto las propias palabras premonitorias de este



personaje con las que, al final del primero de esos extensos parlamentos que pronuncia, parece adivinar algo de lo que le espera, pues dice tener «la sensación de que debo formar parte de algún *think tank* de carácter internacional y que estoy reflexionando con todo mi equipo de investigadores sobre el futuro de Europa en el marco de la crisis económica mundial» (p. 19). El avión que aterriza en el aeropuerto para llevarlos a Bangkok, ya en la última escena, es el sorprendente colofón a un texto ingenioso que ofrece una interesante lectura crítica de la actualidad política y económica del país a través del prisma del humor.

